



NÚMERO 808

14 DE DICIEMBRE DE 1914

AÑO XXXI

REGALO A LOS SEÑORES ABONADOS A LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



1 á 3.—Trajes de visita

Ayuntamiento de Madrid

SUMARIO

TEXTO. — Explicación de los suplementos. — Descripción de los grabados. — Crónica de la moda. — Consejos útiles. — La mujer persa — Pensamientos. — La huérfana de Dordrecht, por M. Filiberto de Audeband (*conclusión*). — Crónica de teatros. — Los niños prodigios. — Recetas culinarias.

GRABADOS. — 1 a 3. Trajes de visita. — 4 y 5. Encaje de guipur sobre malla. — 6. Entredós a punto de cordoncillo. — 7. Suela al crochet. — 8 a 17. Trajes de visita y ceremonia.

HOJA DE PATRONES NÚM. 808. — Varias prendas diferentes.

HOJA DE DIBUJOS NÚM. 808. — Diversos y variados dibujos.

FIGURÍN ILUMINADO. — Traje de comida.

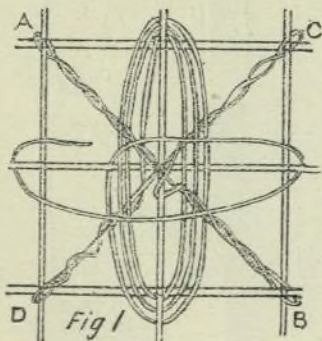
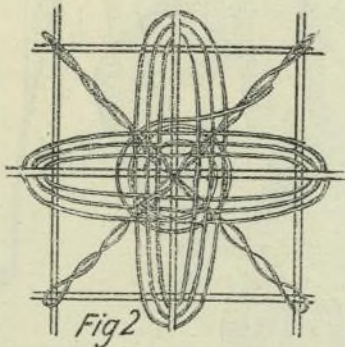
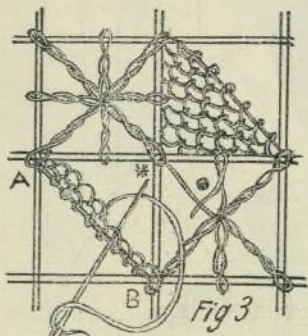
EXPLICACIÓN DE LOS SUPLEMENTOS

1. HOJA DE PATRONES NÚM. 808. — Cuatro prendas lujosas. Véanse los grabados y explicaciones en la misma hoja.
2. HOJA DE DIBUJOS NÚM. 808. — Diversos dibujos.
3. FIGURÍN ILUMINADO. — Traje de comida, de terciopelo color oro viejo; túnica de tul del mismo tono, bordada en oro; cordón y borla de oro; pequeñas aplicaciones bordadas en oro y azul viejo; ancha tira de skungs en el borde de la falda.

DESCRIPCIÓN DE LOS GRABADOS

1 a 3. TRAJES DE VISITA.

- Traje para niña*, de terciopelo asargado azul y blanco; tiras de marta en la falda, en el escote y las mangas. Gruesas aplicaciones de trencilla rodean la cintura; escote de tul blanco.
- Traje de moaré azul pavo real*; faja de raso negro; chaleco de seda fantasía, fondo blanco con flores azules.



4.—Encaje de guipur sobre malla

III. *Traje de paño flexible color castaño claro*; faja de raso castaño oscuro; tira de skungs en la falda y el corpiño. Chaleco de glacé a cuadros verde musgo y blanco. Falda con canesú; pequeños botones de raso castaño.

4 y 5. ENCAJE DE GUIPUR SOBRE MALLA. — Para hacer este encaje es menester confeccionar primero una tira de malla que tenga el ancho y largo deseados. Se usa hilo del núm. 60 y una varilla bastante gruesa para formar mallas de la misma dimensión que las del dibujo. Se empieza con dos mallas y se ejecutan once vueltas, aumentando una malla al fin de cada vuelta, de manera que la última vuelta se compone de once cuadritos; se hace luego otra vuelta con el mismo número de mallas y se continúa el trabajo, aumentando una malla al final de una vuelta y disminuyendo una malla al final de la vuelta siguiente, hasta que la tira tenga la longitud deseada. Para terminar, se procede como al empezar, pero en sentido inverso, o sea, disminuyendo una malla al final de cada vuelta. Se monta la parte de esta tira sobre hule y se ejecuta el guipur con

hilo del núm. 100, empezando por las cruces que figuran en el centro del cuadro (véanse los detalles núms. 1 y 2). Se fija el hilo en el nudo del medio (véase el detalle núm. 1) y se extienden las hebras en las cuatro direcciones, siguiendo la dirección indicada con las letras *a* a *b*, etc. Formada así la cruz, se dan tres vueltas con el hilo alrededor de la barrita central, luego se procede del mismo modo con la barrita que atraviesa ésta y por el centro de la cruz. Las cruces del borde superior tienen tan sólo tres ramas. Las partes mates de las líneas que sirven de marco a la cruz, se ejecutan según las indicaciones del detalle núm. 3. Se forma primero la rueda (véase el cuadrado superior a la izquierda) según el detalle núm. 3; después de haber marcado con un punto la división, se va formando la rueda del medio, luego pasando el hilo se le conduce hacia la cruz pequeña y debajo de la rueda, donde se afianza. El triángulo mate se hace con punto de festón de ida y vuelta. La primera hilera se ejecuta de *a* a *b* sobre el hilo pasado en dirección oblicua.

En cuanto el trabajo de guipur está terminado, se corta la malla siguiendo los contornos inferiores dentados del dibujo, y se consolidan estos contornos con un festón al que se cose una orilla de randas, que se vende a metros; también pueden hacerse estos piquitos con el ganchillo, empleando hilo del núm. 100. Para ello se procede del modo siguiente: una vuelta de cordón, separadas las mallas por dos puntos al aire, luego una vuelta de puntos sencillos con los piquitos; éstos se forman pasando por alto cada segunda malla, y clavando el ganchillo en la malla que se encuentra debajo de ésta, se hace un punto sencillo en la malla más próxima de la vuelta anterior, y así siguiendo.

6. ENTREDÓS A PUNTO DE CORDONCILLO. — Este punto se ejecuta con bastante facilidad y rapidez. La labor se hace sobre una horquilla grande u ordinaria, por medio de puntos sencillos, puntos al aire y cordón. Se principia formando a la extremidad de la hebra un nudo con el ganchillo; se retira luego éste, se toma el nudo entre el pulgar y el índice de la mano izquierda (véase el detalle núm. 1), se conduce la hebra de delante hacia atrás sobre la rama de la derecha, reteniendo con los dedos de la mano izquierda. Se vuelve a coger el nudo con el ganchillo, se pasa la hebra de golpe por dentro del nudo (véase el detalle núm. 2). Se retira el ganchillo del nudo, se vuelve la horquilla de derecha a izquierda, de modo que la hebra se encuentre sobre la rama actualmente a derecha de la horquilla. Al llegar a la punta de la horquilla, se va estrechando el trabajo hacia el punto opuesto, apretándolo y aproximándolo todo lo posible. Para ejecutar el entredós, es menester que, a medida que se trabaje, se ate con un alfiler la extremidad de la hebra al borde de la tela.

7. SUELA AL CROCHET. — Esta labor es sumamente útil para conservar el calor necesario durante la estación fría. Nuestro modelo se confecciona con lana blanca sobre unas hebras de la misma lana; la forma de la suela ha de adaptarse a la forma interior del calzado. Se prepara una madeja compuesta de diez a doce hebras de lana, cuya longitud ha de ser adecuada a la del calzado. Para una suela de 22 cm. de largo, la madeja ha de tener una longitud de 1,90 m.; de esta madeja se hacen con el ganchillo puntos sencillos, flojos, y tras de cada punto sencillo, otro al aire. Se dispone este trabajo en forma de espiral, y se juntan las tiras, cosiéndolas al revés. Por último se cosen las tiras al través, juntándolas sobre todo en la parte media, de manera que adquieren la forma de la suela.

8 a 17. TRAJES DE VISITA Y DE CEREMONIA.

I. *Traje de terciopelo de seda de color violine*; larga túnica con faja anudada delante formando dos largas caídas. Cuello, chaleco y solapas blancas; las solapas y la falda tienen un borde de raso negro.

II. *Blusa de crespón blanco y negro*; cuello de raso color crema; solapas y vuelta de mangas de terciopelo negro; botones de terciopelo negro.

III. *Blusa de tafetán azul celeste*, bordado de abalorios alrededor del escote. Ancha cinta de terciopelo azul pavo real en la manga y el bolero.

IV. *Blusa de terciopelo color crema*, adornada de seda y de tiras de zorro negro.

V. *Traje sastre*, de terciopelo castaño. Falda formando dos anchos pliegues delante; chaqueta con faldón añadido, ligeramente ondulado. Botones de azabache sobre patas de raso, como cierre de la chaqueta.

VI. *Traje de paño flexible verde billar*; falda formando canesú, abotonada delante; tiras de zorro gris en las mangas y el cuello.

VII. *Blusa de tul rosa salmón*; pequeña corbata y lazos de terciopelo negro.

VIII. *Blusa de crespón de seda azul celeste con motitas negras*; adorno de fruncidos que parten de debajo del cuello.

IX. *Blusa de terciopelo asargado color rojo viejo y negro*. Cuello de otomano blanco; corbata de terciopelo negro.

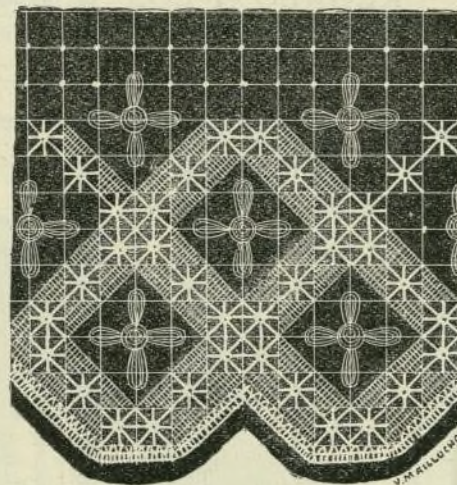
X. *Traje de ceremonia*, de charmense negro. Larga túnica con dobladillo muy alto, que forma el adorno. Puntas de encaje de oro adornan el corpiño. Pequeño fichú y volante de tul blanco.

CRÓNICA DE LA MODA

La refinada sociedad del Renacimiento, en Italia sobre todo, encontraba verdadero deleite en todos los juegos en que tomaba parte el ingenio; de allí

pasaron los juegos de las tertulias italianas a Francia, y allí produjeron todos los refinamientos del hotel de Rambouillet y de las Preciosas.

La vida literaria y aristocrática de las principales ciudades italianas de aquel tiempo se refleja fielmente—como dice Marenduzzo en la *Rivista d'Italia*—en la historia de sus Academias. Menos las que dieron eficaz incremento a las letras o a las ciencias, las Academias, no son unas simples reuniones alegradas por frases ingeniosas y gratas conversaciones, tiroteo de palabras en que cada cual procuraba lucir su ingenio y sus habilidades, y donde las señoras figuraban como reinas, estimulando con su presencia y con su intervención a los asistentes. Según el novelista veneciano Celio Malespatri, lo que en las veladas sienesas maravillaba a todo elevado espíritu, eran la prontitud de la comprensión, la sutileza del ingenio, la rapidez de la réplica.



IV

5.—Encaje de guipur sobre malla

Uno de los juegos más corrientes era el de versificar: uno de la tertulia recitaba un verso, y otro tenía que responder con otro, ya de su propia cosecha, según los casos, ya del mismo autor que el citado, y hasta de la misma composición, lo cual supone un conocimiento profundo de las obras literarias más salientes. Así, un jorobado, cuyas espaldas eran extraordinariamente grandes, quería que una señora recitara un verso; la señora se excusaba, y el jorobado, para pincharla un poco, la dijo:—Podría usted citar aquel de

¡Oh pobrecita mía! ¡Qué torpe eres!

Pero la señora, sin perder tiempo, recogió el flechazo y se lo devolvió, diciendo:—Ése no; más bien diré aquel otro de

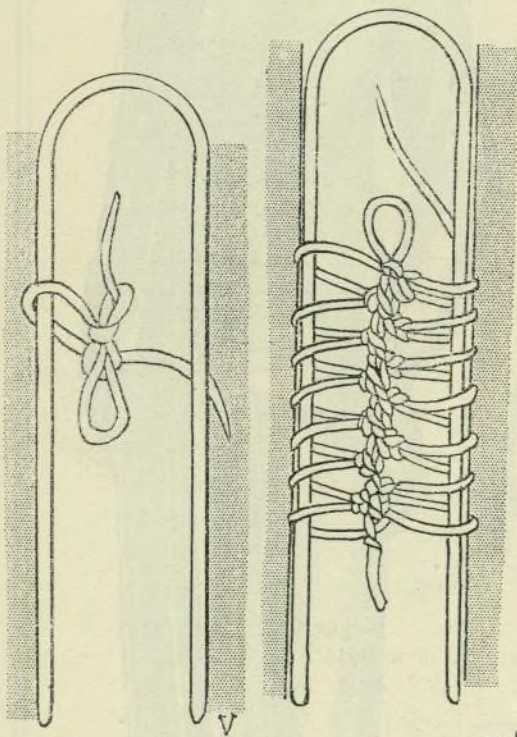
Que hace con sus espaldas sombra a Marruecos.

Algunos de aquellos juegos, llamados de broma y de agrado, son semejantes a los modernos, o por lo menos están informados en el mismo principio de dar ocasión a los amantes para comunicarse, como cuando un joven susurra al oído de una dama una palabra, y por el gesto o por la indicación con que responde, se manda a otro que adivine lo dicho por el caballero; muy semejante es el juego del *secreto*, en el que la señora da la respuesta en voz alta, y el director de la velada llama a uno de los presentes para que adivine la pregunta.

Sin hablar de las adivinanzas, que tuvieron gran fortuna en las tertulias del siglo XVI, había también los juegos de ingenio, para los que se requería pleno conocimiento de los autores contemporáneos, y especialmente de los romances caballerescos italianos y españoles, siendo Petrarca el autor predilecto. Así, en el juego de los *retratos* o de la *pintura*, había que formar una belleza perfecta tomando de cada señora presente la más hermosa parte del cuerpo o del espíritu, pero expresando cada cualidad con versos del Petrarca o de Ariosto. Otras veces se dejaba libertad al estro poético, como en el juego de los *Epitafios*, en los que cada cual debía hacer al compañero su epitafio en un dístico; de este juego era una variante el del *Templo de la inmortalidad*, en el que los jóvenes debían consagrar a la eternidad una de las señoras presentes, declarando en una inscripción, propia

para ponerse en el pedestal de una estatua, la virtud que abría las puertas del templo a la señora. También se relaciona con este tipo de juego el que consiste en ayudar a un novio que, cercano el día de la boda, no ha encontrado todavía la frase que debe escribir en la cornisa de su lecho, suministrándole cada cual un verso o sentencia al efecto; así, uno decía: «Y por más no poder, cuanto puedo hago»; y otro le indicaba: «El espíritu está pronto, pero la carne está apagada»; y así sucesivamente. No sólo se improvisaban versos, sino que se interpretaban pensamientos de poetas y se declaraba el significado de los sueños, de los animales, de los colores y de las piedras.

En el juego de las *piedras*, se suponía que cada hombre había conservado la naturaleza de las piedras lanzadas por Deucalión después del diluvio, y cada señora la de las lanzadas por Pirra, debiendo decir cada cual de qué clase de piedra estaba formado el corazón de las damas presentes.



6.—Entredós a punto de cordoncillo

En el juego de la *guirnalda*, los hombres se fingían pastores y las señoras ninfas, y cada cual indicaba las flores de que se había de componer la guirnalda con que habían de ceñirse la cabeza, declarando el significado de todos sus colores y cualidades.

El juego de las *Empresas* era de los que más se prestaban al lucimiento del ingenio: consistía en inventar una figura relacionada con un lema que el caballero debía llevar en la sobrevesta, escudo y bandera; semejante a éste era el juego del *reverso*, por el que se fingía acuñar una medalla de oro o de plata con la efigie de cada señora presente, y en el reverso grabar una frase digna de la dama del anverso. La mitología hacía el gasto principal en estos juegos, ocupando el primer puesto Cupido y Venus, y razonándose el porqué de pintar ciego al Amor, por qué niño, por qué desnudo, por qué con arco, y explicándose cómo es que, ciego siempre, acierta con sus flechas al corazón, y cómo es niño teniendo tantos años, y cómo es gran señor yendo siempre desnudo.

El juego de las *Amazonas* consistía en considerar a las damas presentes como una falange de amazonas venidas para combatir a los hombres; el director del juego hacía salir en medio de la sala a una de las damas y a un caballero, y les preguntaba con qué armas pensaban luchar y defenderse; si una dama, por ejemplo, decía que pensaba vencer a su caballero con la espada de la fidelidad, él respondía: «Y yo pienso defenderme con el escudo de la poca credulidad».

También estaba entonces muy en boga el juego de las *suertes* o *venturas*, semejante a los que ahora conocemos con los nombres de *años* y *estrechos*, sólo que allí se hacía con más ceremonia y con mayor entusiasmo.

El juego del *correo* consistía en contar noticias imaginarias, como si cada cual llegara de una expedición como un correo y refiriese lo que había visto o imaginado ver.

El de la *casa del amor* suponía la persecución del amor que se refugiaba en los ojos, en los labios, en el pecho de una dama, y allí se le acorralaba con palabras y frases para rendirlo.

La misma ingenuidad que en los juegos resplandecía en las penitencias que se imponían a los jugadores, y que consistían en declamar un soneto, en resolver una duda amorosa, tratada en los libros de caballería o en el *Filocalo*, en escribir cartas ingeniosas que excitaran la risa o el aplauso, en recitar escenas de comedias improvisadas, o en burlas más o menos graciosas o pesadas que se discurrían según las circunstancias. En todos estos juegos se gozaba de cierta libertad de lenguaje, prefiriéndose las palabras ambiguas o de doble sentido; como lo requerían las costumbres de aquel siglo, inspirado en aquella elegante formalidad y refinada hipocresía que triunfaban en la vida y en el arte.

CONSEJOS ÚTILES

París, Madrid, Barcelona — y tantas otras ciudades — sufren frecuentemente la epidemia tífica, estando plenamente demostrado que la causa primera de todo esto está en el agua de alimentación: en París, el Ourq, el Havre, el Marne o el Sena; y en Madrid, el Lozoya. Es, pues, preciso, para resolver este gravísimo problema de sanidad, purificar el agua a toda costa. Pero ¿cómo? He ahí la cuestión que formula y resuelve en la *Grande Revue* Alfonso Berget.

Entre los corpúsculos que flotan en el agua, unos son de orden puramente material y otros son bacteriológicos: los primeros pueden eliminarse por la filtración mecánica; pero entre los segundos hay algunos tan tenues que pasan por entre las capas de arena y carbón, como el agua, y que mantienen la impureza de ésta. ¿Qué hacer para eliminarlos?

Hay desde luego un medio infalible: la ebullición; hirviendo el agua, se tiene la seguridad de matar todo microbio. Pero el agua hervida es un agua sin gases, agua sin aire, y por consiguiente indigesta. Se ha evitado un mal, pero se ha dado en otro; por huir de Scila se ha estrellado uno en Caribdis. Puede apelarse al filtro de porcelana; pero además de que algunos bacilos logran pasar por sus poros, hay que contar con que los que se van reteniendo vienen a formar en el filtro una capa continua de materias orgánicas que siguen viviendo y produciendo toxinas, ptomainas, etc., que son solubles y que se absorben, por consiguiente, en el agua que tenemos el candor de creer perfectamente purificada por la filtración.

¿Cómo matar los microbios del agua sin hacer daño al bebedor? Se ha pensado en mezclar el agua con sustancias químicas que cedan fácilmente su oxígeno, como los permanganatos de potasa y de cal, o con cuerpos que recogen parte del hidrógeno del agua cediendo su oxígeno, como el cloro, el bromo y el yodo. Pero esta inmixción de productos químicos en el agua ofrece serios peligros. ¡Dios nos libre de un descuido del obrero encargado de la dosificación en los depósitos, o de la cocinera que hubiera de hacer la preparación!; tendríamos a diario sorpresas poco agradables.

Pero entonces, ¿qué hacer? ¿Es que no hay ninguna solución aceptable? Sí, hay una, que es la que todo lo resuelve: el ozono. Tomemos dos cristales, paralelos, cuyos lados interiores, los que están frente a frente, estén descubiertos, mientras que los exteriores están cubiertos por una hoja de metal; si enlazamos estas hojas de metal a los dos polos de una máquina eléctrica de alta tensión, vemos en seguida un resplandor violáceo en el espacio comprendido entre los dos cristales, al mismo tiempo que percibimos un olor especial parecido al de la langosta cocida; ese olor es el del ozono, y ese resplandor es el efuvio eléctrico que ha ozonizado el aire, condensando su oxígeno.

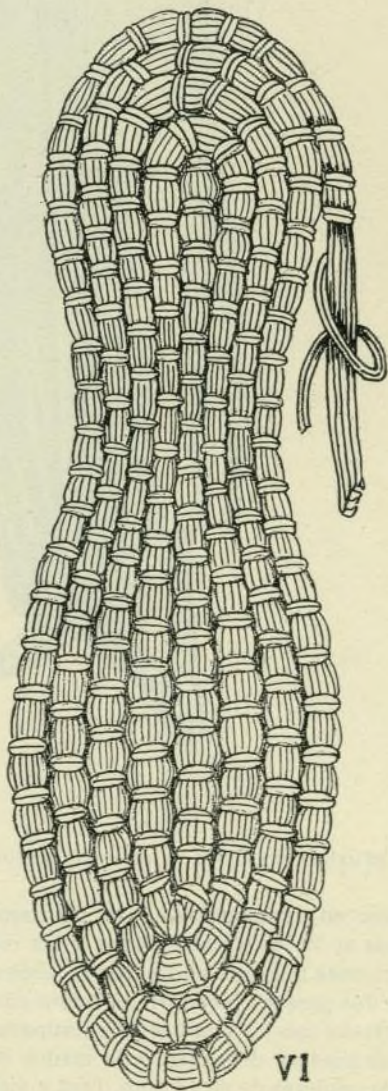
Para destruir los microbios basta hacer pasar el ozono por el agua, y los resultados son maravillosos. Según los análisis de las aguas que surten a París, el promedio de microbios que contiene cada una en cada centímetro cúbico es el siguiente: el Vanne, 1.100 microbios; el Dhuy, 3.950; el Havre, 1.525; el Ourq, 74.850; el Marne, 80.580; el Sena, río arriba, 75.000; el Sena, en Suresnes, 285.000. Pues bien: hasta el agua del Sena de Suresnes, tratada por el ozono, da *cero* microbios, ni un microbio siquiera, porque el ozono quema todos los gérmenes patógenos de tal modo, que durante la esterilización, el agua se hace luminosa, prueba visible de la combustión del microbio, que arde sin dejar residuos sólidos, de modo que el agua queda pura y ligeramente sobreoxidada, lo que es un bien.

Ahora bien: esta forma de esterilización ¿es práctica? Tan práctica, que para los municipios (Niza es la primera ciudad que lo ha empleado) puede salir el coste a un céntimo por cada metro cúbico, y los particulares pueden obtener 200 litros por hora al precio de una lámpara incandescente ordinaria. El aparato se reduce a una caja como la de un contador, donde hay un transformador para enchufarlo en el sector eléctrico de la casa, que es el que suministra el fluido a un ozonizador conte-

nido en la misma caja; en el caño de la fuente se enchufa un emulsor de bronce, y no se necesita más que dar a la llave para que al salir el agua se ozonice automáticamente. Una invención tan útil como la del *esterilizador eléctrico* bien merece ser divulgada y acogida por todos con entusiasmo; es la salud a domicilio y la solución de uno de los más difíciles problemas de higiene pública y privada.

LA MUJER PERSA

El tiempo no ha pasado para la familia persa; hoy, como hace siglos, el padre goza de autoridad absoluta sobre cuantos seres constituyen su casa: mujer, hijos y servidores. Su única ley, como dice H. de Liancourt, es su voluntad despótica. Su mujer no se distingue para él de su caballo; tiene su posesión y su goce, y ejerce sus derechos como autócrata oriental que prohíbe hasta la mirada de un extraño. Sus hijos no tienen personalidad: son seres que le pertenecen, como sus perros, y si le desagradan por feos, torpes o desobedientes, se desembara de ellos de cualquier modo; de sus hijas no hay que hablar, pues no significan nada. Sólo tolera que le hablen libremente sus criados, aunque exponiéndose a su cólera, que puede llegar hasta hacerlos morir apaleados; sus observaciones le entretienen, y por ellos se entera de lo que pasa fuera y dentro de su casa. Lo más chocante es que estos criados suelen serle muy adictos, y que esta abnegación es gratuita, pues generalmente no les paga salario ninguno. A veces los toma por confidentes y les confía sus proyectos y hasta sus llaves y su testamento, sin perjuicio de darles de palos por los motivos más fútiles; jamás, en cambio, se fía de su mujer o de sus asuntos, teniendo constantemente secuestrada.



7.—Suela al crochet

Criada con sus hermanos hasta la edad de siete a ocho años, se ve la mujer separada de ellos cuando empieza a tener uso de razón, y desde entonces no existe ya más que para el hombre a quien está destinada, que ordinariamente es un primo; es raro que la enseñen a leer ni a escribir, y lo único que la enseñan es a hacer sorbetes y refrescos y a bordar; reduciéndose toda su misión en el mundo a agradar a su marido, que no ha de ver en ella más que un ob-



8 a 12.—Trajes de visita y ceremonia

jeto de satisfacción física o un ornamento más de lujo.

El amor no tiene puesto en los matrimonios persas. Éstos se llevan a cabo gracias a las *intermediarias*, matronas muy estimadas que se dedican a buscar partidos para las jóvenes; las intermediarias son las que tratan con las familias las cuestiones de dote, y una vez puestas de acuerdo, la madre del joven, con otras mujeres de su séquito, pasa a visitar y conocer a su futura nuera. Ésta, si no es de su agrado la boda, lo da a entender ofreciendo con poca gracia a las visitantes el té y el narguilé; pero si es de su agrado, devuelve la visita con su madre y una parienta. Todo esto se hace sin que los novios se vean ni se conozcan, y todo lo más a que puede llegarse es a que ella sepa cómo es él por las pinturas que le hagan sus doncellas, y a que él pueda verla al paso desde un balcón al salir de la visita, enseñándosela a su madre. Hechos los desposorios por el sacerdote, puede ya verla; pero entonces está tan desfigurada, con los afeites y pinturas que emplea para ocultar

sus verdaderas facciones, que a veces el novio se arrepiente y retira su palabra: en tal caso tiene que entregar a los padres de la novia la mitad de la dote.

Los desposorios son muy pintorescos. La novia es conducida ante una mesa, en la que hay una vela encendida, un espejo, el Corán, perfumes, palmatarias, semillas secas y dátiles; el sacerdote cubre a la desposada con un velo verde, y pronunciadas las palabras sacramentales, la hace sentar en una silla simbólica, formada por un caldero de cobre, que sirve de apoyo a una silla de caballo con una almohada; allí sentada, no debe decir una palabra ni hacer un movimiento, para demostrar su resignación a la sumisión muda a que se obliga como casada. El matrimonio se celebra después con gran pompa, y la novia recibe del novio un fetiche, llevando ella el pan y la sal a su nueva casa; antes de salir de la suya, besa el umbral en señal de eterno adiós.

Desde aquel momento la joven persa carece de personalidad; su destino depende del carácter del marido, y sobre todo del sexo que tenga su primer

vástago; pues si no es varón, el marido puede repudiarla o sacrificarla a otra mujer, que será la preferida. Nada la sorprende, pues sabe que está condenada al desprecio en esta vida, y que en la otra no podrá ni siquiera gozar de las delicias del Paraíso de Mahoma, reservado a los hombres; o irá al infierno, o, cuando más, a fuerza de penitencias y peregrinaciones, conseguirá ser admitida en un rincón del Paraíso, aunque sin disfrutar de sus deleites.

En tales condiciones, la vida de la mujer persa se reduce a engalanarse y chismorrear en casa, y a recorrer los almacenes para hacer sus compras, siendo su única preocupación obtener vestidos y joyas del marido, y no ser vencida en lujo por ninguna rival. Los dos grandes sentimientos de la mujer occidental, el amor conyugal y el maternal, le están prohibidos. Su marido vive lejos de ella, y hasta en la intimidad la desdena; sus hijas se casan temprano y no las vuelve a ver; y sus hijos, a los cinco años se los lleva un sacerdote para que aprendan a leer, y de sus manos pasan a las del *lala* o preceptor; ni el



Gaston DROUET, Editeur

EL SALON DE LA MODA

Montaner y Simon Editores Barcelona,

Reproduction Prohibida

XXIX-808

CRISTOL-TOCADOR
antiseptico para el tocado intimo
de las **SEÑORAS**
Cura las afecciones uterinas
VIAL - PARIS, y todas las farmacias

Ayuntamiento de Madrid



La "**CRÈME SIMON**", Es un
producto maravilloso para el
cuidado del rostro y su belleza.
— Polvo de arroz y jaboncillo
a la "**Crème Simon**".





13 a 17.—Trajes de visita y ceremonia

sacerdote ni el lala les hablan nunca de su madre, enseñándoles a despreciar a la mujer, y la madre no tiene el gusto de verlos ni de admirarlos. Aquello es realmente otro mundo, apenas concebible para los europeos.

F. A.

PENSAMIENTOS

Con las palabras es más fácil causar un mal que hacer un bien.

EDUARDO ROD

El sabio tiene la lengua en el corazón y el que es loco y furioso tiene el corazón en la lengua.

SALOMÓN

El que habla mucho de sinceridad y franqueza, de seguro es hombre malo.

LETAMENDI

La lengua en la boca de un virtuoso es la llave de un gran tesoro.

PROVERBIO PERSA.

Las muchas palabras no indican mucha sabiduría.

TALES DE MILETO

El genio es la antorcha exterior; el carácter es la lámpara interior.

Hablar una lengua muerta es dar una tumba por morada al pensamiento.

VÍCTOR HUGO

Cada cual, porque habla, cree poder hablar de la lengua.

GOETHE

El carácter de los hombres políticos pertenece al público y no a su familia.

DUQUE DE CHOISEUL

Cosa más extraña que los libros es difícil que exista en el mundo: impresos por gente que no los entiende; vendidos por gente que no los entiende; encuadernados, leídos, criticados por gente que no los entiende; y hasta escritos por gente que no los entiende.

LICHTENBERG

Llevemos por todas partes la dignidad de nuestro carácter, así en la dicha como en el infortunio.

CHATEAUBRIAND

Diffícilmente se ablanda una condición dura.

SALUSTIO

Dios, en su divina providencia, no ha dado barba a las mujeres porque no habrían sabido callar mientras las hubiesen estado afeitando.

DUMAS (PADRE)

El mal es siempre despótico y siempre esclavo.

CÁNDIDO NOCEDAL

La huérfana de Dordrecht

NOVELA DE

M. FILIBERTO DE AUDEBAND

(Conclusión)

Tres días después de esta escena, Luis XIV instalaba a los fugitivos en el palacio de San Germán que había sido el lugar primitivo de su residencia. ¿Qué se había hecho de Jacobo II durante este tiempo? Después de la evasión de su mujer y de su hijo, se había vuelto tranquilamente a Róchester. Guillermo de Orange apenas pareció hacer alto en la fuga de la princesa y del niño; pero no sucedió lo mismo respecto al rey, cuando éste intentó pasar al Continente. Las consecuencias de semejante viaje no podían menos de inquietar al usurpador. Este conocía muy bien que si Luis XIV había hecho muy poco para impedir que Jacobo II cayese del trono, podría, sin embargo, portarse de un modo muy distinto, solicitado directamente por el monarca, sobre todo, cuando se trataba de oponerse al reinado de un conquistador que era enemigo personal del rey de Francia. La primera vez que Jacobo quiso escaparse de Róchester, a donde Guillermo había enviado un fuerte destacamento para vigilarle, fracasó en su empresa; la segunda, el monarca inglés fue más feliz.

En la noche del 1.º de enero de 1689, Jacobo se escapó en compañía del conde de Tilly, de un ayuda de cámara y de un mercader de vinos, únicas personas que le habían permanecido fieles. Provistos de un pasaporte en regla para Holanda, documento que el conde había tenido la habilidad de proporcionarse, los cuatro fugitivos salieron de Róchester a media noche, favorecidos de una espesa niebla. Marcharon toda la noche con los mayores trabajos por medio de los campos, hasta que, finalmente, se hallaron, poco antes de amanecer, en el puerto de Charneuse.

—¿Adónde vais, señores?, les preguntó el patrón de una miserable barquilla.

—A Holanda, contestó el conde de Tilly.

—¿Tenéis vuestros papeles en regla?

Tilly enseñó su pasaporte al marino.

—¿Queréis serviros de mi *yacht*?, dijo entonces el patrón; no os llevará muy caro por conducirlos a un buen puerto.

El conde le puso en la mano dos guineas.

—Trato hecho, señores; disponed de mí.

El barco era tan pequeño, que apenas podían volver en él los cuatro navegantes, y toda la tripulación consistía en dos marineros incluso el patrón. Apenas se alejaron de la orilla, cuando el conde, dando un golpecito en el hombro del dueño de la embarcación:

—Buen hombre, le dijo, tengo que deciros cuatro palabras.

—Hablad, caballero.

—Nosotros no vamos a Holanda, lo cual quiere decir que es preciso que variéis de rumbo.

Al mismo tiempo sacó una pistola de uno de sus bolsillos, y montándola con cierto aire cómico:

—Volved esta cáscara de nuez, le dijo, hacia el lado de Francia, que es adonde queremos que nos conduzcaís, y eso prontito..., muy pronto....

—¡Caballero!, vos queréis chancearos conmigo; vuestro pasaporte es para Holanda. ¿Creéis que yo no sé leer?

—Convenidos; pero hay en esto que tener muy presente una cosa, y es que si ejecutáis lo que os ordeno, habéis hecho vuestra fortuna; si no, vais a ser pasto de los peces. Elegid.

Por lo pronto, el patrón comprendió perfectamente que el conde no se chanceaba.

—¡Vamos a Francia!..., supuesto que tenéis ese capricho.

En seguida empezaron los dos hombres a remar en la dirección indicada; pero, a pesar de esta condescendencia, les costó cuarenta y ocho horas mortales, y no sin correr bastante riesgo, el llegar a Ambleteuse, habiendo tenido el rey que ayudar más de una vez a la maniobra.

La historia se ha apoderado de todos los detalles de la llegada del monarca vencido a Francia. Al séptimo día, Jacobo se hallaba instalado en el palacio de San Germán en medio de su familia, y al octavo, Luis XIV salía de Versalles para poner a disposición de aquel a quien llamaba su hermano, una escuadrilla perfectamente equipada y dispuesta a conducirlo al punto de Inglaterra que más le conviniese.

Habiéndose encontrado por la noche con el conde de Tilly, que estaba paseándose por una de las galerías de palacio:

—¡Conde!, le dijo, ¡alegraos!... De aquí a muy pocos días, podréis volver a desenvainar la espada contra los holandeses.

XII

LA EXPIACIÓN

En efecto, había llegado la época en que sin perjudicar a la política anti-inglesa de Richelieu, podía Luis XIV conceder abiertamente su protección al último Estuardo. El gran rey trataba, pues, de atacar a Guillermo de Orange, y de hacer saltar del trono a aquel audaz monarca. Trece grandes navíos, seis fragatas y varios otros buques de menos porte, estaban preparados en Brest para transportar a la católica Irlanda el soberano destronado y las tropas que el rey de Francia le daba. Independientemente de esta fuerza, que ascendía a 6.000 hombres, Jacobo II llevaba consigo veinte capitanes y otros tantos tenientes y cadetes para mandar las tropas irlandesas. Luis XIV daba, además, a su aliado dos millones para atender a las primeras necesidades de la campaña. En una palabra, estando ya todo dispuesto para la partida, el hijo de Ana de Austria fue a ver a su huésped de San Germán; y entregando a este príncipe, como último regalo, la coraza y demás armas que le habían servido en todas sus campañas:

—¡Quiera Dios, le dijo, que estas armas os traigan tanta felicidad como yo deseo.

Después, abrazándole, añadió:

—Adiós, señor y hermano mío; no podéis figuraros cuánto siento el veros marchar. Sin embargo, ¡no permita el cielo que volváis jamás a verme!... Pero si alguna nueva desgracia os obliga a pisar otra vez la Francia, contad con que hallaréis en mí el mismo afecto de siempre.

Concluida esta entrevista, Jacobo II salió a acompañar al gran rey hasta la puerta de palacio, y en cuanto subió a su cuarto mandó llamar al conde de Tilly.

—¡Conde!, le dijo apenas le vio entrar, tengo que confiaros una misión delicada. Dentro de dos horas salgo para Brest. De aquí a veinte minutos la reina de Inglaterra pedirá el carruaje, en donde entrará acompañada del príncipe de Gales; vos la acompañaréis a caballo a la cabeza de una pequeña escolta hasta el convento de Poissy. En llegando, la dejaréis en poder de Mme. Carlota de Ailly. La reina aguardará en el citado monasterio que nosotros entremos en Londres.

El conde de Tilly hizo un reverendo saludo, exhalando al mismo tiempo un ligero suspiro.

—¡Londres!... ¡Londres!, decía en su interior. ¡Pobre rey!..., ¿quién sabe si volveréis allí jamás?

Por fin montó a caballo y se dispuso a ejecutar las órdenes que acababa de recibir. Estaba reuniendo la poca tropa que debía acompañarle, cuando una extranjera todavía joven salió de repente de entre los grupos de la servidumbre del rey, y pasando como un relámpago al lado del conde, le dijo casi al oído estas palabras:

—¡Cuidado con los mendigos!...

Al pronto no atinó el conde lo que aquello significaba. En seguida le ocurrió que aquellas palabras podían encerrar un consejo favorable; quiso entonces llamar a aquella mujer, y envió algunos criados en su seguimiento; pero ya había desaparecido y no fue posible dar con ella, por más que se la buscó.

—¿Qué misterio es éste?, decía Tilly para sí; ¡cuidado con los mendigos!... Siempre se ven muchos de éstos al lado de las carrozas de los príncipes. ¿Querrá significarme la persona que me ha hecho esta advertencia, que hay algunos bribones que, disfrazados de mendigos, atentan contra la vida de la

reina y la de su hijo? Lléveme el diablo si comprendo el sentido de esas palabras!...

Entre tanto el carruaje iba a partir inmediatamente para su destino.

En el mismo instante en que iba a verificarlo, un corneta entregó al conde un pedacito de papel, en el cual estaba escrito con lápiz:

«Los dos mendigos son dos espías holandeses.» Esto ya era más inteligible.

Pero yo conozco esta letra, decía el conde rasgando al mismo tiempo la cabeza, tratando de recordar en qué ocasión semejante a la que se encontraba había visto otro papel, escrito de la misma mano. De pronto se acordó de aquel día funesto de la Buytanhoff.

—¿Es posible?... dijo entre sí el conde. ¡Lidia en Francia!... Pero ahora caigo en que efectivamente fue en este país donde se refugió la hermosa arpista, después del asesinato de los dos ilustres hermanos.

En cuanto se le ocurrió esta idea buscó con la vista al corneta que le había dado el papelito; pero uno de los oficiales de la escolta le había enviado a llevar una orden al otro extremo de la ciudad.

—¡Vamos!, dijo entonces Tilly; está escrito que yo no he de saber nada de este negocio. Pero no importa; es preciso no echar en saco roto la advertencia que se me acaba de hacer. Los dos mendigos son dos espías holandeses.

En tanto que hacía estas reflexiones, limpiaba con el pañuelo el vidrio de su lente, y en seguida se puso a mirar con la mayor escrupulosidad a todos los que estaban alrededor del carruaje de la reina.

Al principio no distinguió entre los circunstantes sino gentes ociosas, curiosos, soldados, mujeres y niños, elementos de que se compone ordinariamente lo que se llama la multitud; pero al poco rato, habiéndose aclarado un poco de gentío, vió distinta mente dos mendigos que estaban a corta distancia uno de otro. Los dos estaban cubiertos de harapos, y en ambos se notaba aquella miseria y aquella palidez en el rostro que son las señales infalibles de la mala comida y peor cama que suelen tener estos infelices. En una palabra, todo anunciaba pobreza en aquellos dos hombres; pero nada, que pudiesen ser unos traidores.

Estos dos hombres, dijo para sí, no son sino dos mendigos; sin embargo, mendigos o no, yo debo aclarar este misterio.

En cuanto hubo hecho esta reflexión, se apeó del caballo y se dirigió hacia el sitio en donde estaban aquellos dos hombres.

Al ver esto, uno de ellos se volvió de pronto y trató de tomar otra dirección. El conde vió en aquella acción un indicio de sospecha, y apresurando el paso:

—¡Hola, buen hombre!, le dijo: no os escondáis de ese modo; precisamente es a vos a quien ando buscando; es decir, a vos y a vuestro compañero.

El otro mendigo, a ejemplo de su camarada, trataba de ocultarse entre los grupos, y aun se disponía a echar a correr con toda la agilidad de sus piernas.

El conde hizo señal a un sargento para que los detuviese, lo cual se verificó inmediatamente. Los dos pordioseros fueron conducidos ante el conde.

—Si no me equivoco mucho, dijo éste dirigiéndose al primero, vuestro semblante no me es desconocido: vos sois holandés, y una buena alhaja por cierto: en otros tiempos os llamabais Enrique Vercoef, y erais el platero más rico del Haya.

El mendigo se estremeció; el conde no se había equivocado.

—¡Calle!, dijo Tilly dirigiéndose al otro; también os conozco a vos. ¡Buen par de piezas, vive Dios!... Vos sois el barbero Guillermo Tychelaer, decano entre los de vuestro oficio en el mismo punto.

Esto era tan exacto como lo que había dicho anteriormente.

—¡Vaya!, ¡vaya!... ¿Y cómo es que hemos abandonado la sublime república?... Pero ya caigo..., sin duda para referir a S. A. el Estatúder lo que está pasando ahora en París, ¿no es verdad?... Pero todo esto no me concierne; y vosotros, señores bribones de más de a marca, tendréis que responder de vuestra conducta ante un consejo de guerra, que no será difícil que os haga pagar ahora lo que cometisteis hace unos diez y seis años.

Como el conde debía acompañar a la reina, según la orden de Jacobo II, de que ya tenemos conocimiento, dichas estas palabras volvió a montar a caballo, pero no sin haber entregado antes los dos mendigos a los mozos de palacio, que cuidaran de llevarlos a la cárcel.

—¡Estamos perdidos!, exclamó Enrique Veroeff, sin poderse contener.

—¡Dios es justo y castiga pronto o tarde!, le respondió una voz de mujer.

A los tres días, en el momento en que el conde se reunía con la expedición en Brest, recibió la siguiente carta:

«¡Señor conde!

»La sangre de los dos nobles hermanos de Witt, clamaba venganza. Enrique Veroeff y Guillermo Tycheleer, convictos de ser espías, han sido juzgados por una comisión militar que los ha condenado a ser pasados por las armas, lo cual se ha verificado inmediatamente.

»¡Dios haya tenido misericordia de sus almas!

»Respecto a mí que los acechaba continuamente y que he sido causa de que se los descubra, no me queda ya sino un solo refugio: un convento. Desde ahora no existo ya para el mundo. ¡Adiós!

»LIDIA.»

En efecto, la huérfana de Dordrecht murió el año 1695 en el convento de la Misericordia, vistiendo el mismo hábito que había vestido la señorita de Lavalliere.

CRÓNICA DE TEATROS

MADRID. — En el Real se ha inaugurado brillantemente la temporada con *La Valkiria*, de Wagner, por las tiples Schubert, Agotzina y Fizia, el tenor Vaccari, el barítono Segura Tallien y el bajo Vittorio, bajo la dirección del maestro Mancinelli. En los demás teatros se han estrenado: en el Español, la tragicomedia en tres actos, de Federico Oliver, *Los semidioses*; en el Coliseo Imperial, el drama granguinelesco, *La tragedia de la dula*, de Mesa y Castro; en la Princesa, el drama en cuatro actos *Las flores de Aragón*, de Eduardo Marquina; en la Comedia, *El buen español*, en tres actos, de Antonio Domínguez; y en la Zarzuela, la ópera *La vida breve*, de Fernández Shaw, con música del maestro Falla.

BARCELONA. — GRAN TEATRO DEL LICRO. — Con poca concurrencia en la platea y palcos, debido a la epidemia reinante, y con alguna mayor animación en las galerías, se han puesto en escena en este teatro: *Mignon*, *Il Barbiere di Siviglia*, *Favorita* y *Rigoletto*, con personal artístico alternante; e *I Pagliacci*, por la Srta. De Ferrán y los Sres. Palet, Stracciari y Navarro. *Parsifal*, ni la popular *Marina*, no han logrado animar el teatro, como tampoco *I Maestri Cantori*.

ROMA. — Se han estrenado con éxito por la compañía Fuentes Arévalo: *Para ser dichoso*, vaudeville de gran risa; *La Malquerida*, de Jacinto Benavente; *El destino manda*, de P. Hervieu, traducción de J. Benavente; *Mi tía Ramona*, de P. Gavault, traducción de J. J. Cadenas, y *Las pecadoras*, de Asenso y Torres Alonso.

NOVADA. — Después de un sinnúmero de representaciones de la ópera *Maruxa*, de Amadeo Vives, se han puesto en escena *Miss Australia*; la refundición en un acto de la zarzuela de Franz Lehar *Eva o la niña de la fábrica*, y últimamente la zarzuela en tres actos *Don Lucas del Cigarral*, libro de Lucio y de Fernández Shaw, música de Amadeo Vives.

PRINCIPAL. — El martes día 22 comenzará una serie de veinte funciones la compañía dramática española que dirige la eminente actriz Margarita Xirgu, que cuenta con un repertorio de veinticinco obras, de los cuales veinte no han sido representadas por la compañía en Barcelona.

LOS NIÑOS PRODIGIOS

Qué es un niño prodigio? Es un ser que desde su más tierna edad, se asimila fácilmente los humanos conocimientos.

Tales *prodigios* son el orgullo de sus profesores y el encanto de los padres. Pero ¿son tan prodigiosos como se suele creer esos niños?

Para mí no son prodigios, sino fenómenos, o sea, que las manifestaciones de la inteligencia no son naturales.

Hay más. ¿Son realmente inteligentes? Nunca he podido convencerme de ello. La inteligencia no resi-

de exclusivamente en la memoria, que es lo único que puede concederse a los niños prodigios.

Memoria e inteligencia suelen confundirse por el vulgo: aquélla es una especie de clasificación de las ideas anteriormente adquiridas, de nociones, de datos: cuestión de hábito y de ejercicio. La inteligencia representa el juicio, el sentido recto.

Se hace demasiado caso de la memoria en los niños; lo que parece demostrar que sólo se atiende a las apariencias. ¿A qué puede conducir el aprender y recitar de corrido una lección, si ésta resulta letra muerta para el niño prodigio? No es ciertamente por el número de palabras o de cifras repetidas sin errata por un niño convertido en papagayo como puede juzgarse del grado de inteligencia. Por mi parte yo prefiero que el niño, aunque no me recite de corrido, por ejemplo, una fábula, me explique la lección moral envuelta en ella. Así descubro su comprensión, su inteligencia. Por lo demás, en punto a ideas, el niño no debe tener otras que las de jugar, reír y ejercer intuitivamente sus fuerzas físicas. La inteligencia no puede adquirir todo o casi todo su desarrollo hasta que el cuerpo le haya preparado convenientemente el terreno.

Cítanse ejemplos de verdaderos niños prodigios, que no han defraudado las halagüeñas esperanzas puestas en ellos.

Señalaré dos ejemplos: Pascal y Mozart.

Pascal halló por sí mismo, a la edad de doce años, los primeros teoremas de la geometría; a los diez y seis compuso un *Tratado sobre las secciones cónicas* e inventó una máquina aritmética; a los veinte, pese al mal estado de su salud, continuó sus estudios e investigaciones científicas; a los veinticuatro confirmó el invento de Torricelli y publicó su *Tratado del vacío*. A los veintiséis el exceso del trabajo le había puesto tan enfermo, que los médicos le prohibieron continuar su género de vida. Entonces frecuentó el trato social... y se hizo psicólogo, escribiendo su *Discurso sobre las pasiones del amor*; pero sin dejar sus aficiones, pues compuso su *Tratado del triángulo* e inventó el carretón y el carromato.

En 1654, después de un accidente de carruaje en el puente de Neuilly, Pascal se retiró a la Abadía de Port Royal, en donde escribió sucesivamente su *Conversación con Saci*, *Pensamientos*, *El espíritu geométrico*, las *Provinciales* y el *Misterio de Jesús*. Por toda distracción de estos trabajos, sentó las bases del cálculo infinitesimal. Murió a los treinta y nueve años.

Mozart fué considerado como un fenómeno por su propio padre, quien lo exhibió como tal, a la edad de seis años, en todas las capitales de Europa.

En París publicó el precoz compositor su primera obra. A los once años compuso dos operetas. Hasta los veintitrés años su vida fué una continua peregrinación por Europa. En 1781 dió al teatro *El rapto en el serrallo* y cuatro años más tarde *Las bodas de Figaro*; en 1787 su *Don Juan*, dedicándose luego a viajar y regresando a Viena en 1791, donde murió, después de hacer representar su *Copa encantada*. Mozart estaba tísico y murió a los treinta y cinco años. En sus funerales se cantó por primera vez su admirable *Requiem*, que había compuesto expresamente para este acto.

No citamos más que las obras capitales de este músico precoz, pues, durante su corta y angustiosa vida, trabajó enormemente: compuso quince obras musicales menos importantes que sus óperas, quince misas, un *Tedum*, nueve ofertorios, un *De profundis*, varias cantatas, siete sonatas para órgano, sinfonía, bailes, marchas, serenatas y otras muchas piezas. Sin embargo, murió casi en la miseria: fué enterrado en la fosa común.

¿Qué pensar de la vida de esos dos niños prodigios? No todos estos últimos —se objetará— han tenido tan mala suerte. Puede ser; pero, en general, esos prodigios, especies de monstruosidades, no pueden vivir la existencia apacible de sus semejantes bien conformados. Están condenados a muerte precoz, porque todo es precoz en ellos, incluso el término de su vida.

Es muy preferible haber nacido y vivido la primera edad como el común de las gentes, desde el punto de vista del desarrollo de las facultades intelectuales, y más tarde hacer valer las cualidades que se posean, sean cuales fueren.

P. DE M.

RECETAS CULINARIAS

Lengua en pepinillos

Se limpia la lengua perfectamente y se saca del agua y se deja enfriar; se cortan tiritas de tocino y se mecha la lengua con ellas y se pone a cocer con sal, pimienta en grano, cebollas picadas y unos pedacitos de jamón, si ha de cocerse en agua; si se cuece con caldo del puchero puede suprimirse el jamón. Cuando está bien cocida y el caldo se ha reducido a la mitad, se tuesta en la sartén una buena cucharada de harina, se baten dos yemas que se unen a la harina batiéndola muy bien, y se deshacen las dos cosas en el caldo donde se ha cocido ya la yema, a fin de que quede una salsa no muy espesa; al momento de ir a servirla, como unos tres minutos antes, se le agrega un par de cucharadas de pepinillos bien picaditos.

Puré de lentejas

Se lavan las lentejas en agua tibia, se ponen a cocer con una cebolla entera, unas zanahorias, apio, sal y pimienta. En cuanto rompe a hervir se pone a un lado para que cuezan a fuego lento veinte minutos. En cuanto están cocidas se echan en un colador, guardando en una cazuela el caldo. Se van comprimiendo las lentejas sobre otra cacerola, añadiendo por encima poco a poco el caldo que se recogió, a fin de que se vayan deshaciendo con más facilidad. En cuanto se ha pasado todo el puré, se pone a la lumbre, y al romper a hervir se separa para que repose media hora al lado de la hornilla, moviéndole de cuando en cuando con una cuchara de madera para que no se pegue. Se tiene en la sopera un poco de pan, bien en rebanaditas tostadas a la parrilla, o bien fritas en pedacitos cuadrados muy pequeños. Con el pan se ponen dos cucharadas de manteca de vaca. Al ir a servirse, viértase el puré en la sopera y se agita hasta que la manteca se haya derretido bien. Para que las lentejas se cuezan con más facilidad, se les echa durante la cocción un vaso de agua bien fría, repartido en tres veces. El puré está mejor si se suple el agua con el caldo del cocido. De la misma manera se hace puré de judías de garbanzos o de guisantes.

Lentejas a la masa

Se limpian, y cocidas con agua salada medio kilogramo de lentejas de buena calidad, escúrranse a perfección. Mientras tanto, se hacen enrojecer unos cuantos pedazos de cebolla y hierbas finas previamente picadas, con un poco de manteca de vaca, que para el caso es realmente la mejor. Se añade una cucharadita de harina o más, y se remueve bien hasta que se haga una masa; y una vez ésta liada, se moja con un poco de buen caldo del puchero, si lo hubiere, y de lo contrario con agua. Se coloca la cacerola sobre un fuego lento y se le agregan las lentejas, adicionando un poco de sal y pimienta. Vuélvanse a saltar y sírvanse calientes.

Lentejas a la ama de casa

Límpiese medio kilogramo de lentejas y pónganse a cocer con agua y sal solamente. Una vez cocidas, sin que lleguen a deshacerse y a emplastarse, se sacan y se escurren bien. Se ponen después en una cacerola con una cantidad proporcionada de manteca, perejil bien picado, sal y pimienta. Se coloca la cacerola sobre una lumbre no muy viva y se rehoga por espacio de seis o siete minutos. Se ponen alrededor de una fuente unos cuantos pedazos de corteza de pan frito y se vierten las lentejas, que se sirven calientes.

Liebre en pepitoria

Se la desuella y vacía convenientemente, mateniéndola por espacio de cierto tiempo en agua hirviendo con tomillo, un manojo de perejil y unos trozos de cebolla, a fin de que se limpie bien. Se la saca y se la coloca en una cacerola con manteca y harina, y se la moja con el agua en que se escaldó, revolviéndola varias veces y adicionándola setas y unos cachitos pequeños de suelos de alcachofas. Una vez cocidos todos esos ingredientes, se espesa la salsa con un par de yemas de huevo o con nata, y se le añade zumo de limón, o mejor agraz.

Merluza a la alemana

Se toma un pedazo de merluza, procurando que sea cerrada; se limpia y escama cortándole las espinas de los lados todo lo más posible, y se pone a cocer en agua hirviendo, que la cubra hasta la mitad, con unas cebolletas partidas y una buena cucharada de manteca de vacas. Deberá cocer media hora. Se cuecen patatas enteras sin pelar (procurando que sean iguales), en agua con un puñado de sal; cuando estén cocidas, lo cual se conoce a la presión del dedo, se les quita el agua y se dejan bien tapadas cerca de la lumbre, para que no se enfríen. Se sirve la merluza en una fuente sobre una servilleta, en cuatro dobleces, y las patatas, peladas, en otra fuente, y sobre una servilleta, cuyas puntas se doblan sobre las patatas para que conserven el calor. Al mismo tiempo, y en una salsera, se sirve la siguiente salsa: Se ponen en un tazón tres yemas de huevo, se las echa un poco de sal y unas gotas de limón, trabajándola como la mayonesa, sólo que en lugar de echar aceite de Valencia, se echa manteca fresca de vaca, derretida. Ha de quedar con la misma consistencia que la mayonesa y con un sabor pronunciado a limón.

AGUA RADIUM

PARA TEÑIR EL PELO AL MOMENTO. UNA SÓLA APLICACIÓN

La más sencilla, la más rápida, la más eficaz, la más práctica,
la más permanente, la más higiénica de todas las tinturas conocidas.

PROBARLA, ES IGUAL QUE ADOPTARLA

Pídase en establecimientos acreditados. Exíjase el nombre **RADIUM** y el de los inventores CORTÉS HERMANOS. — BARCELONA

Lavando la ropa blanca
con la primitiva Lejía
líquida marca

CONEJO

embotellada
se consigue limpieza
blancura y desinfección

REHUSAR LAS BOTE-
LLAS DESTAPADAS

DENTIFRICOS HIGEA

ELIXIR
POLVOS
CREMA



LUZ Y SOMBRAS

Novela, por lord BULWER-LYTTON

Un tomo, lujosamente encuadernado, 5 pe-
setas para los subscriptores a esta ILUSTRA-
CIÓN.

NUEVA REIMPRESION

FABULAS DE ESOP

traducidas directamente del griego y de las
versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AU-
LO CELIO, etc., precedidas de un ensayo
histórico-crítico sobre la fábula, y de noti-
cias biográficas sobre los citados autores por
EDUARDO DE MIER. — Lujosa edición en
un tomo, profusamente ilustrado con gra-
bados intercalados, láminas aparte y encu-
adernado en tela. — Su precio: 18 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

PARA EL CUTIS

TERSHOIL producto
asiático
para quitar arrugas y plie-
gues de la piel (patas de gallo)
ronchas, escamas, cicatrices,
granos, rojece, puntos ne-
gros, etc. Jamás perjudica,
a pesar de su actividad. Se
remite por correo enviando
CINCO pesetas por Giro pos-
tal al doctor Joly, de Madrid.
Pedir prospectos gratis. De
la Argentina, han de remitir
tres pesos, moneda nacional;
del Uruguay, un peso; de Cu-
ba, Puerto Rico, Filipinas y
resto de América, un dollar
en billete americano.

ANEMIA DEBILIDAD
Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
El mas activo y economico, el unico Inalterable. — Exigir el Verdadero. 14.R. Beaux-Arts. Paris.

ANEMIA

DEBILIDAD NEURASTENIA TISIS
Todos los Medicos proclaman que

el VINO y el JARABE **DESCHIENS** (PARIS)
á la Hemoglobina

CURAN SIEMPRE

NUEVA REIMPRESION

PENSAMIENTOS Y RECUERDOS

DE OTÓN, PRÍNCIPE DE BISMARCK

Notabilísima obra que constituye una herencia preciosa para la Historia, y es fuente de sin igual riqueza para los estadistas é historiadores de todas las naciones. Forma dos tomos de más de 400 páginas cada uno, ilustrados profusamente, y encuadernados en tela. Se vende al precio de 15 pts. en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

NUEVA IMPRESION DE OBRAS NOTABLES

FAUSTO

de Goethe

TRADUCCION EN VERSO DE TEODORO LLORENTE

COLOMBA

de Merimée

TRADUCCION DE F. SARMIENTO

Agotadas las ediciones de estos preciosos libros y con el propósito de atender á los numerosos pedidos que tenemos, hemos decidido completar un número escaso de ejemplares que ponemos á la venta al precio de 5 pesetas ejemplar encuadernado, para los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA.